

LA METÁFORA DELIRANTE COMO FORMA DE ESTABILIZACIÓN EN LA PSICOSIS

ALEJANDRO CRUZ TRUJILLO.

Trabajo de grado para optar al título de especialista en psicopatología y estructuras clínicas.

Asesor

Ricardo Rojas

Magister en psicoanálisis



1 8 0 3

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

MEDELLÍN

2020

RESUMEN:

La psicosis es una condición que ha sido estudiada por distintas disciplinas, entre ellas al psicoanálisis, que a partir de sus métodos de investigación originales ha realizado aportes para su comprensión. La noción de estabilización de la psicosis surge a partir de la obra de Jacques Lacan y marca una distinción entre el abordaje psiquiátrico y el psicoanalítico de la psicosis. No obstante, se identifican algunas imprecisiones en el uso de esta noción, que se usa tanto para nombrar los efectos de la cura como para describir la evolución de los trastornos psicóticos. Proponemos una profundización en la obra de Lacan para precisar el uso de esta noción. Encontramos que Lacan usa la noción de estabilización por la metáfora delirante en referencia al delirio y no a la conducta del sujeto en un sentido general, y que no es planteada por él en relación a los efectos de un posible tratamiento de la psicosis.

Palabras clave: Lacan, metáfora delirante, psicosis, estabilización, psicoanálisis, delirio.

ABSTRACT:

Psychosis is a condition that has been studied by different disciplines, one of them being psychoanalysis, that based on its original methods of research has made contributions to our understanding of this condition. The notion of stabilization of psychosis derives from Jacques Lacan's oeuvre, and establishes a distinction between the psychiatric and the psychoanalytic approach towards psychosis. Nevertheless, there are imprecisions in the use of this notion, that is used both for naming the effects of the cure and for describing the evolution of psychotic disorders. We propose a deepening in Lacan's oeuvre in order to pinpoint the use of this notion. We found that Lacan uses the notion of stabilization by the delusional metaphor in reference to the delusion, not the subject's behavior in a general sense; and it's not mentioned in relation to the effects of a possible treatment of psychosis.

Key words: Lacan, delusional metaphor, psychosis, stabilization, psychoanalysis, delusion.

TABLA DE CONTENIDO

Planteamiento del problema.....	3
Revisión de antecedentes.....	10
La metáfora delirante como forma de estabilización en la psicosis.....	22
Discusión.....	34
Referencias bibliográficas.....	38

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

El psicoanálisis surge al interior de la medicina y, desde sus orígenes, se sirve de los conceptos y términos de esta última para sus investigaciones. De acuerdo a la revisión hecha por Velásquez (2012), Freud se ocupa de inscribir las entidades clínicas elucidadas por los psiquiatras del siglo XIX dentro de marcos comprensivos que les dan explicación a los síntomas y orientan tanto el diagnóstico como el tratamiento. Así pues, para Freud, un fenómeno como la psicosis no es tanto la presencia de ciertos síntomas o el abolimiento de determinadas funciones, sino los mecanismos inconscientes que explican tales fenómenos. La teoría freudiana introduce por tanto una temporalidad en el fenómeno psicótico que no es tenida en cuenta por la perspectiva psiquiátrica, pues para ella un episodio psicótico aparece como una perturbación patológica e intempestiva del funcionamiento psíquico normal de una persona, y se clasifica según el DSM como “episodio psicótico”, el cual puede ser un signo de distintos trastornos, es decir que no tiene una causa unívoca. Para Freud, por el contrario, la psicosis se encuba desde la infancia misma del sujeto, y la aparición del primer brote psicótico estará determinado de antemano por la economía psíquica de cada caso particular. Por tanto, la noción de estabilidad tiene una significación distinta para Freud y para la psiquiatría: Para esta última, el síntoma es una perturbación del estado de homeóstasis del cuerpo y la curación consiste en su eliminación y la restitución de la salud. Con Freud podemos concluir que un síntoma “no es solo ineliminable, sino que este se requiere para la estabilidad en la estructura” (Martínez, 2017 p.79). Ahora bien, ¿cómo pensar entonces a partir del psicoanálisis, no solo qué sería lo que permite el “funcionamiento normal” de los individuos, sino también el objetivo de la intervención clínica? Es claro que concepciones tales como las de “funcionamiento normal” que son propias de la psiquiatría son a todas luces inapropiadas para pensar el psicoanálisis, que exige sus propios términos para hablar de los problemas propios de su experiencia.

Con respecto a esta última, en lo tocante a la psicosis puede encontrarse en los autores contemporáneos el uso de la noción de estabilización en referencia a lo que le permite a un sujeto desenvolverse en el mundo, sin que haya ninguna alteración evidente de su conducta o del lenguaje. No obstante, también se la encuentra en referencia a los efectos de la cura analítica en este tipo de sujetos. Por ejemplo, para Funes & Granados (2017) el

analista “oficiará los haceres que, según el caso por caso, favorezcan la estabilización del sujeto {psicótico}” (p.54). En este mismo artículo citan el caso de “una paciente que logra una estabilización en una psicosis esquizofrénica” (p.58). Con respecto a las causas de estas estabilizaciones, las autoras argumentan la existencia de “una invención que haga de suplencia del Nombre-del-Padre y estabilice al sujeto” (p.66). Por su parte, Fernández & Vanegas (2015) afirman que Lacan habla de “un momento posible de estabilización en la constitución de una Metáfora Delirante que supla a la Metáfora Paterna fallida” (p.5).

No obstante, de Almeida (2017) resalta el hecho de que, en la obra de Jacques Lacan (principal referente de los autores citados en el párrafo anterior y teórico decisivo para las investigaciones contemporáneas en psicoanálisis) la estabilización en la psicosis es un *término*, y no un *concepto* que haya sido desarrollado sistemáticamente. A partir de su lectura de Lacan, de Almeida enuncia dos formas de pensar la estabilización en la psicosis: Una estabilización a la altura del seminario de Lacan sobre *Las psicosis*, determinada por su relación con la metáfora delirante (tal y como es enunciada en la cita de Fernández & Vanegas); y otra en los últimos años de su enseñanza, en la que la estabilización sucede por las vías del *sinthoma*. De acuerdo con de Almeida, el psicótico se caracteriza por estar sometido a un goce avasallador del Otro, al cual puede ponerle límites mediante varios artificios, uno de los cuales sería el delirio. Así, en términos psicoanalíticos, es posible hablar de un psicótico estabilizado gracias a su delirio, a través de una metáfora delirante. Pero es necesario resaltar también los limitantes de esta concepción: Por un lado, está el hecho evidente, reconocido por el autor, de que no por el hecho de delirar un sujeto psicótico está exento de los fenómenos de alteración de la imagen corporal y de imposición de significantes que dan cuenta de esa invasión de goce; y por otro lado, aun reconociendo que en muchos casos es en efecto posible rastrear el *trabajo de la psicosis*, que parte de algunas ideas extravagantes desorganizadas y culmina con la estabilización de la significación mediante la metáfora delirante, ¿cómo hablar de estabilización en aquellos casos en que este delirio conduce precisamente a un deterioro de la funcionalidad del sujeto, en la medida en que su delirio lo aliena del resto de la sociedad? Ciertamente, la noción de estabilización en la psicosis por la metáfora delirante plantea problemas clínicos y teóricos que exigen un desarrollo de la misma a partir de su principal referente, Jacques Lacan.

PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

¿Cómo se estabiliza la psicosis con la metáfora delirante según la obra de Jacques Lacan?

OBJETIVO GENERAL

Analizar cómo la metáfora delirante estabiliza la psicosis según la obra de Jacques Lacan.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Identificar los antecedentes que le permitieron a Lacan hablar de estabilización en la psicosis.
- Analizar el recorrido a partir del cual Lacan desarrolló su concepto de metáfora delirante.
- Analizar las implicaciones de la noción de estabilización por la metáfora delirante.

JUSTIFICACIÓN

La pertinencia de esta investigación puede resumirse en su cuestionamiento de la práctica del psicoanálisis y sus efectos. Su objetivo es aportar al esclarecimiento de los efectos que el psicoanálisis tiene sobre el ser humano, dado el carácter particular de su clínica, que prescinde de ideales universalizantes. Por esta razón, sus efectos están siempre sujetos a las determinaciones del caso por caso. La presente investigación aporta a la discusión epistemológica en boga en la práctica clínica, que continúa preguntándose sobre su eficacia. Especificar la noción psicoanalítica de estabilización ayuda a esclarecer el lugar de esta disciplina con relación a otras que le son similares, así como a resaltar lo novedoso que le puede aportar a la comprensión del ser humano.

MARCO TEÓRICO

La palabra “estable” viene del latín *stabilis*, que significa “firmemente parado” o “seguro”. En el diccionario de la Real Academia Española (2001) se define como 1. Que se mantiene sin peligro de cambiar, caer o desaparecer. 2. Que permanece en un lugar durante mucho tiempo. 3. Que mantiene o recupera el equilibrio. En medicina, esta noción es usada para hacer referencia a los signos vitales de un organismo, los cuales pueden fluctuar, pero se dice que están estables cuando se ajustan a una norma determinada por la fisiología. Se

evidencia en el uso científico del término una preocupación por ligarlo a condiciones objetivas de la conducta humana.

En este mismo sentido es usado por Freud a lo largo de su obra para describir la evolución clínica de sus pacientes. Por ejemplo, hallamos el siguiente pasaje en su descripción del caso de Anna O.: “La contractura se volvió estable solo en diciembre, cuando la paciente, totalmente quebrantada, ya no pudo abandonar el lecho” (1992a p.62-63). No obstante, a partir de su ensayo sobre el Más Allá del Principio de Placer (1992b), Freud introduce otro uso de este término, haciendo referencia al principio psicofísico de Fechner que Freud denomina *tendencia a la estabilidad* (p.9). Freud, explorando las consecuencias de algunos postulados de la biología, determina que el principio de placer se encuentra en últimas al servicio de la pulsión de muerte, que busca reducir la variabilidad de la vida a la estabilidad de lo inorgánico. Si bien en Freud no vemos la noción de estabilización nombrada con respecto a la psicosis, esta analogía entre estable//inestable e inorgánico//orgánico inscribe esta noción dentro de una escala de valores ajena a la medicina.

Lacan, por su parte, introduce la noción de estabilización para hablar sobre la psicosis. En su seminario III encontramos por ejemplo la siguiente indicación:

Es la falta del Nombre-del-Padre en ese lugar la que, por el agujero que abre en el significado, inicia la cascada de los retoques del significante de donde procede el desastre creciente de lo imaginario, hasta que se alcance el nivel en que significante y significado se estabilizan en la metáfora delirante (2009, p.552).

Resalta en esta indicación de Lacan la referencia a la estructura del significante, y a esta altura de su enseñanza aduce a una falta en ella la causa de los fenómenos de la significación que caracterizan la psicosis. Es esta misma estructura la que puede ser estable o inestable dependiendo de ciertas condiciones, y dicha estabilidad puede evidenciarse en la conducta y en el habla de un sujeto, pero su determinación reside en la lógica intrínseca de la estructura. La noción de estabilización en Lacan, por tanto, da cuenta de una perspectiva estructural ausente tanto en Freud como en la medicina. Lacan retoma los planteamientos de Freud a la luz de la lingüística saussureana y su énfasis en la estructura (Álvarez, Esteban, & Sauvagnat, 2004). Esta última es definida por Lacan de la siguiente manera:

“La estructura es primero un grupo de elementos que forman un conjunto co-variante” (citado por Álvarez, Esteban & Sauvagnat, 2004 p.714). De esta definición rescataremos la noción de covariación, según la cual un cambio en cualquier elemento que compone la estructura genera un cambio en los demás. Las leyes que rigen estas covariaciones, y no las propiedades de los elementos que las sufren, serían el objeto de estudio de una perspectiva estructural como la que nos proponemos en esta investigación.

Esta misma perspectiva fue usada por Lacan para estudiar el fenómeno de la psicosis. Como ya hemos mencionado, Lacan intenta despejar el lugar de la psicosis usando unas coordenadas discretas, primero con su referencia al significante del Nombre-del-Padre, y luego con el anudamiento entre lo real, lo simbólico y lo imaginario. Al preguntarnos por la existencia de una noción psicoanalítica de estabilización, queremos apuntar a ubicar esta noción dentro de estas mismas coordenadas, siendo coherentes con el proyecto de investigación propuesto por Lacan.

METODOLOGÍA

El presente trabajo se plantea como una investigación documental, cuya población será la obra de Jacques Lacan. No obstante, será necesario remitirnos a la obra de Freud en algunos apartados, con el fin de clarificar algunas nociones básicas del psicoanálisis y su modo de investigación. Del mismo modo, nos planteamos como objetivo usar la información recolectada durante el rastreo bibliográfico para poner en perspectiva los hallazgos del análisis de la obra de Lacan a la luz de las producciones académicas actuales. La investigación documental constituye una metodología muy usada a lo largo de la historia de las ciencias humanas, y se constituye como un momento necesario, previo a cualquier proceso de construcción de conocimiento en este campo (Galeano, 2004).

No obstante, tal y como lo señala Martínez (2017), la investigación en psicoanálisis no puede consistir en la aplicación de un método preestablecido, si se pretende conservar algo de la especificidad de su práctica. No por ello la investigación psicoanalítica debe ser menos rigurosa. Ella implica una apuesta cuyos resultados no están predeterminados por la pregunta de la que surge -por más que pueda limitarse a unos objetivos y una metodología concreta.

Martínez realiza un recorrido acerca de lo que implica una investigación en psicoanálisis, partiendo de la definición de Freud del psicoanálisis, según la cual es 1. un método de investigación, 2. un tratamiento de las perturbaciones neuróticas, y 3. el edificio teórico que surge a partir de ambas prácticas. Martínez señala pertinentemente cómo estos tres elementos son indisolubles, y por más que en un momento particular se le dé primacía, por ejemplo, al método de investigación psicoanalítico, es imposible pensar que este método sea aséptico, es decir, que pueda ser limpiado del sesgo psicoanalítico a partir del cual surge, sino que se funda en la hipótesis del inconsciente de Freud y se mantiene también en virtud de ella.

En este sentido, de acuerdo con Martínez, si la clínica psicoanalítica implica el acto de lectura del inconsciente, otro tanto se requiere a la hora de abordar los textos psicoanalíticos. Lo anterior implica una posición que el investigador debe adoptar con respecto al texto, en la cual debe cuidarse de una comprensión prematura de lo escrito. De acuerdo con Martínez: “Él {el investigador} no puede hablar por el texto, es solo el texto quien testimonia de un decir” (p.12). Ahora bien, aunque Martínez no hace una referencia al término estructura, es evidente que el método que propuso para su investigación parte de una perspectiva estructural, en tanto que busca interpretar el texto analizando exclusivamente las relaciones propias de los elementos que lo componen, relaciones determinadas de tal manera que un cambio en cualquiera de sus elementos genera un movimiento de todo el aparato textual, y viceversa. La perspectiva estructural aparece claramente en el texto de Martínez cuando explica la operación mediante la cual el investigador debe interpretar el texto: “{el sentido} debe entenderse como la relación que cada término tiene con los otros, es decir, cada párrafo, cada idea, se define en las relaciones que tiene con las demás, al igual que por ejemplo un significante solo adquiere sentido en su relación con otro significante” (p.13).

A partir de este recorrido, proponemos un trabajo de investigación documental que permita abordar los textos de Lacan, si bien no de manera objetiva, sí de manera rigurosa. De hecho, demostrar una vez más que es posible generar reflexiones fecundas a partir de la especificidad de la clínica psicoanalítica no sería el menor logro de este trabajo. Fieles a

este rigor, y siguiendo el modelo de la investigación documental realizada por Velásquez (2012), nos planteamos los siguientes pasos:

1. Identificación y selección de los pasajes de la obra de Lacan que hacen referencia a la noción de estabilización, haciendo uso de las herramientas informáticas de búsqueda de palabras clave.
2. Lectura intratextual y registro de la misma mediante el diligenciamiento de reseñas y de matrices bibliográficas.
3. Síntesis intratextual de los textos reseñados focalizada en torno de los distintos momentos de la obra de Lacan y los modelos clínicos que enmarcan el uso de la noción de estabilización.
4. Lectura intertextual, comparando las síntesis logradas con los hallazgos de la revisión bibliográfica elaborada durante el planteamiento del problema.
5. Escritura de los capítulos y las conclusiones.

REVISIÓN DE ANTECEDENTES

El problema de la estabilización es introducido en el psicoanálisis desde sus comienzos, vale decir, desde los textos del propio Freud. No obstante, este problema no es planteado por él en los términos que encontramos en los psicoanalistas de hoy en día, y ni siquiera lo introduce para hablar de la psicosis. Recordemos que Freud era médico y fue formado en esta tradición, por lo que nuestro punto de partida será tratar de aislar la noción de estabilización tal y como es planteada por la medicina, pues es a partir de allí que Lacan, después de Freud, hará sus propios desarrollos.

De acuerdo con Georges Canguilhem (2011), uno de los principios fundadores de la medicina experimental puede ser enunciado de esta manera: “Los fenómenos patológicos solo son en los organismos vivos variaciones cuantitativas, según el más y el menos, de los respectivos fenómenos fisiológicos” (p.20). En la historia de la medicina, existe una oposición entre los términos “estabilización” y “armonía”. Ambos son usados para describir el objetivo de la intervención del médico, pero tienen una connotación distinta. La armonía, introducida por la filosofía clásica, es el principio mismo de la naturaleza, de la cual se separa el hombre y a causa de ello, enferma. Esta enfermedad es por tanto más un error que un accidente, y su tratamiento es tanto moral (mediante ritos, rezos y purgas) como físico (ejercicios, alimentación, sangrías). Este razonamiento aplicaba tanto para la locura como para cualquier otro mal que pudiera aquejar al hombre. La transgresión de los límites divinos, la *hubris* según la terminología de la Grecia clásica, podía ser castigada con la obnubilación del juicio que condenaba a los héroes de las tragedias griegas a su perdición.

La medicina experimental tiene, de entrada, el efecto de *exorcizar* los malos espíritus de la misma medicina. El estudio del cuerpo humano produjo la conclusión de que tanto la salud como la enfermedad constituyen procesos *normales* de todo ser vivo, y como tales poseen leyes que pueden ser descritas y estudiadas. Se establece entonces una identidad *cualitativa* entre la salud y la enfermedad, las cuales no pasan a diferenciarse más que por una variación dentro de una escala *cuantitativa*, tal y como lo señala Canguilhem. Mientras que “armonía” implica, de acuerdo con su definición, acuerdo y concordancia; “estabilidad” apunta simplemente a la capacidad de permanecer en un lugar sin experimentar cambios. Lo estable es aquello en que podemos confiar que siempre estará allí

donde lo esperamos. También es aquello que se repite. La ciencia estudia los fenómenos naturales en la medida en que ellos son estables, repetitivos, y constituyen leyes susceptibles de ser expresadas mediante fórmulas matemáticas (por ejemplo, la presión arterial media).

Como hemos dicho, el psicoanálisis se alimenta de esta tradición. Nos interesa particularmente la influencia del pensamiento de Fechner sobre Freud, dado que, tal y como lo hemos mencionado en el marco teórico, es a partir de él que Freud introduce el concepto de “tendencia a la estabilidad” (p.9). Gustav Fechner era un estudioso de la psicofísica, es decir, un pionero del estudio científico de la mente humana, ciencia que más tarde terminaría por emancipar, con Wundt, a la psicología de la tradición escolástica. En su afán por determinar las leyes naturales que rigen el funcionamiento de la consciencia, Fechner aísla el principio de tendencia a la estabilidad y lo enuncia en los siguientes términos: “Todo movimiento psicofísico que rebase el umbral de la consciencia va afectado de placer en la medida en que se aproxime, más allá de cierta frontera, a la estabilidad plena, y afectado de displacer en la medida en que más allá de cierta frontera se desvíe de aquella” (citado por Freud, p.8). De acuerdo con Fechner, entonces, todo movimiento de la consciencia está determinado por la búsqueda de placer, el cual está ligado a las condiciones necesarias para la supervivencia del organismo (alimentación, abrigo, excreción, etc.). Freud da un paso más: Aplicando el novedoso método de la medicina experimental, le adjudica al placer y al displacer un coeficiente de excitación en el sistema nervioso, el cual tiende a permanecer constante (dentro de cierta medida, que garantiza la supervivencia del organismo). Llamó a esta ley el “principio de constancia” (p.9). Aquí vemos a un Freud que se adhiere juiciosamente a los métodos de la ciencia. El hecho de que esta cantidad de energía no pudiera ser medida empíricamente no constituía un argumento en contra de usar esta hipótesis para comprender el funcionamiento de la mente humana; pues en todo caso podía ser expresada como una ley general del movimiento de la consciencia, arraigada en la biología y comprobada más tarde por la reflexología. Se trata de un principio que aparece muy temprano en su obra (se encuentra ya esbozado en su *Proyecto de psicología para neurólogos*) y que continúa defendiendo hasta el final. No obstante, el psicoanálisis no tomó el lugar de la psicología científica, y se distingue actualmente de ella, precisamente por la torsión que introduce Freud a continuación.

En su Proyecto de Psicología, Freud (1992c) introduce la tesis que denomina “principio de la inercia neuronal” (p.340), según el cual las células cerebrales procuran aliviarse de la cantidad de excitación que sufren por los distintos procesos psíquicos, normales o patológicos. Pero inmediatamente después de exponer este principio, Freud señala una objeción: La inercia total del sistema nervioso es imposible, pues no siempre una descarga motora es suficiente para liquidar el monto de excitación que irrita las células que lo componen. Existen también *estímulos internos*, que en este punto de su obra Freud asimila al “apremio de la vida” (p.341), y que provocan una estimulación del sistema nervioso de la cual no se puede huir. Es necesario entonces soportar un mínimo de excitación que debe permanecer *constante* para evitar la descomposición del sistema.

Así pues, al señalar que la vida supone inevitablemente una cantidad mínima de excitación, Freud no puede, como lo harían más tarde los conductistas, sostener la idea de que los seres vivos son *autómatas* del principio de placer. Muy temprano renuncia a la pretensión que sostiene en su *Proyecto de psicología*, de determinar las leyes estables de la conducta humana. Al contrario, a partir de estos hallazgos llegaría más tarde en su obra a identificar la estabilidad con lo inorgánico, mientras que a la vida la caracterizaría por ser *inestable*. Esta relación queda enunciada en su texto *Más allá del principio de placer*, en donde designa “pulsión de muerte” al impulso inherente de lo orgánico a la repetición, vale decir, a lograr la estabilidad propia de lo inorgánico. Freud no puede sostener el uso médico del término estabilización, puesto que este uso ignora la evidencia que el psicoanalista se encuentra todos los días en su práctica: La angustia, los síntomas neuróticos, los sueños, el juego de los niños. Todos ellos fenómenos que dan cuenta de la paradójica compulsión a la repetición que determina la conducta humana¹.

Ahora bien, hoy en día es común encontrar en los textos de los psicoanalistas contemporáneos la noción de “estabilización”, pero en un sentido distinto al trabajado por Freud -aunque con base en él. A partir de la influencia de Jacques Lacan, vemos un uso de esta noción en relación a la psicosis, tanto para describir su evolución natural como para dar indicaciones para su tratamiento. Por ejemplo, en su libro titulado *El Inconsciente a Cielo*

¹ No obstante, ello no impide que Freud hable en múltiples ocasiones de “restablecer” el estado de salud en sus pacientes.

Abierto de la Psicosis, Soler (2004) le dedica un capítulo al problema de la estabilización en la psicosis. Citaremos un párrafo extenso en el que da cuenta de los distintos usos de esta noción en el psicoanálisis contemporáneo:

El término «estabilización» es un término difundido, un término de uso corriente. En los medios llamados terapéuticos, se dice en efecto «estabilización» por no atreverse a decir curación y ni siquiera «efecto terapéutico» como se dice para la neurosis. Al decir «estabilización», todas las personas de lengua francesa, al menos, sienten que se deja entender que se presagia algo así como una recaída, que se puede recomenzar. Sin embargo, este término no pertenece al vocabulario psicoanalítico: es un término que hace pantalla y se presta, hay que decirlo, a todas las confusiones y también a todas las imprecisiones (p.109).

Soler (2004), luego de afirmar que el término estabilización no pertenece al vocabulario psicoanalítico, señala en este capítulo que Lacan le da un significado propiamente psicoanalítico, al cual distingue del uso psiquiátrico. De acuerdo con Soler, Freud toma el concepto de psicosis de la psiquiatría y aporta otra mirada, según la cual la psicosis es “un avatar del sujeto en tanto el sujeto es un efecto de lenguaje” (p.121). Esta tesis supone un quiebre radical con la psiquiatría, que opone la normalidad a la psicosis. Siguiendo a Soler, el psicoanálisis establece de entrada una continuidad entre los fenómenos psicóticos y los fenómenos llamados normales. Así pues, la psicosis es una experiencia propia del sujeto en tanto estructurado por las leyes del lenguaje, y no una simple circunstancia causada por cualquier déficit o descomposición accidental.

No obstante, quedan aún por explicar los fenómenos particulares propios de esos sujetos que la psiquiatría, desde un punto de vista puramente descriptivo, llama psicóticos. Fenómenos perfectamente palpables en la experiencia común, y que diferencian claramente a ciertos sujetos de los demás. Soler apunta que Lacan intenta aislar estos fenómenos aislando los procesos de significación tras sus premisas delirantes. Si el descubrimiento freudiano es que el síntoma neurótico es metáfora (en la que un elemento viene a reemplazar a otro por una vía simbólica), la metáfora es el proceso simbólico fundamental para la clínica psicoanalítica, que marca la diferencia entre lo reprimido (lo representado) y lo manifiesto (el representante). Naturalmente, Soler introduce una serie de conceptos y

desarrollos que requieren una justificación mayor, pero lo anterior sirve a modo de esquema para introducir el problema de la estabilización de la psicosis.

La metáfora, para el psicoanálisis, es en cuanto tal un “principio de estabilización” (p.123), en tanto que detiene el deslizamiento de lo reprimido al apresarlo en un significante que lo representa (el síntoma neurótico). Esta tesis es simétrica a la propuesta freudiana de pensar al síntoma como *formación de compromiso*, es decir, compromiso logrado entre lo reprimido y lo represor. En cuanto tal, cumple una función estructurante de la economía psíquica del sujeto: El sujeto, efecto del lenguaje, goza de su cuerpo a partir del síntoma.

Ahora bien, de acuerdo con Soler, en un primer momento de su enseñanza Lacan piensa que es precisamente esta dimensión metafórica la que falta en el psicótico. Soler establece entonces una división radical e incluso pesquizable en fenómenos concretos: Neurosis equivale a metáfora, psicosis a ausencia de metáfora. El caos propio de los fenómenos psicóticos es tanto la evidencia como la consecuencia de la falta de una metáfora fundamental que le permita al sujeto estabilizar su goce entorno de una significación fundamental. Esta significación es la metáfora paterna. Más adelante profundizaremos en el efecto estabilizador de esta metáfora. Por lo pronto, lo que nos interesa resaltar es que tanto los fenómenos como la causa tienen en Lacan una misma estructura. No se puede acusar al psicoanálisis de plantear principios metafísicos, puesto que la estructura puede ser leída en fenómenos concretos, siempre que no se tomen de manera aislada. No obstante, Soler es enfática en afirmar que no se debe confundir el apaciguamiento de los síntomas con un movimiento subjetivo que permita hablar de una estabilización estructural.

A la falta de la metáfora paterna en la estructuración del psicótico se la denomina *forclusión*. La forclusión, si bien es considerada por Soler a partir de su lectura de Lacan como la condición necesaria para cualquier psicosis, no es suficiente para dar cuenta de los fenómenos psicóticos como tales. Haría falta alguna coyuntura vital que apelara al sujeto al nivel de esa metáfora faltante, dejándolo inerte y frente a un goce no simbolizado que amenaza con descomponer toda su estructura subjetiva. Ahora bien, de acuerdo con Soler en este punto aparece la primera tesis fuerte del psicoanálisis lacaniano con respecto a la

estabilización de la psicosis: La debacle subjetiva del psicótico puede ser estabilizada mediante la sustitución de la metáfora faltante por una *metáfora delirante*. En palabras de Soler: “Una metáfora puede reemplazar a otra como principio de estabilización” (p.131). Dentro de la tradición de esta corriente psicoanalítica, se suele citar el caso del Presidente Schreber, enfermo de los nervios, como ejemplo de una estabilización de este tipo.

Para hacernos una idea del uso contemporáneo de la noción de estabilización en la psicosis, retengamos entonces la siguiente definición: “Hacer entrar el goce dentro de los límites del discurso, y del lazo social” (Soler, 2004, p.132). Soler identifica a continuación un segundo momento en la obra de Lacan para pensar la estabilización en la psicosis. Ahora bien, es necesario aclarar que, si bien es pertinente señalar el giro realizado por Lacan hacia el final de su enseñanza con respecto a la psicosis, para los efectos de la presente investigación nos enfocaremos en sus desarrollos en torno de la metáfora delirante. De acuerdo con Soler, hacia el final de su obra Lacan retoma el camino inverso al que había recorrido hasta ahora. Durante el principio de su obra toma la tesis freudiana de síntoma como metáfora y lo usa para estudiar los fenómenos psicóticos. Más tarde, a partir de su seminario de 1975 titulado RSI, se esfuerza por replantear la tesis del síntoma como metáfora a partir de lo que ha podido extraer del estudio de los fenómenos de la psicosis: El síntoma como carente de sentido, reducido a su mínima expresión, la letra que condensa el goce. La vía para este desarrollo pasa por el estudio del caso de James Joyce, a quien Soler sitúa en este texto decididamente del lado de la psicosis².

Siguiendo la argumentación de Soler, al plantear que la metáfora paterna puede ser reemplazada por otra cosa, se relativiza la importancia del Nombre-del-Padre para la estructura en general. La metáfora paterna y la metáfora delirante son formas de estabilización, pero no son ni las únicas ni las *mejores*. Soler habla de “la estabilización de Joyce, *muy superior* a la de Schreber”³ (p.134). Si la estabilización de Joyce es superior, es porque le ahorró a este autor el desencadenamiento de su psicosis; mientras que el delirio

² No obstante, Soler se retracta de este diagnóstico 12 años más tarde en su libro *Lacan, lector de Joyce*. No nos detendremos en los argumentos que sustentan este giro, pero conviene señalar que, como sustentaremos más adelante, muchos analistas continúan considerando a Joyce como un psicótico y a su escritura como una forma de estabilización.

³ Énfasis nuestro.

de Schreber no lo salvó de esa experiencia de *hundimiento del mundo*, y aun en el momento más fecundo de su delirio no le evitó nuevas recaídas.

Encontraremos que el texto de Soler es un punto cardinal para ordenar el pensamiento de los psicoanalistas en torno de la noción de estabilización en la psicosis. En efecto, encontramos en varios autores contemporáneos la misma distinción entre los dos momentos de la obra de Lacan, ordenados en torno de los casos de Schreber y de Joyce, y a los paradigmas de la metáfora delirante y del sinthome como formas de estabilización. Algunos autores que usan la noción de estabilización en referencia al tratamiento de la psicosis son: Palacio (2008), Ramírez (2008), Costa & Jacinto (2011), Salinas (2011), de Battista (2015) y de Almeida (2017).

Palacios (2008) emprende un estudio de la obra del filósofo Wittgenstein para plantear que se trataba de un sujeto psicótico, y que su sistema filosófico le permitió desarrollar una metáfora delirante que, apoyada en la lógica, operaba como sinthome que le permitía hacer parte del lazo social y localizar el goce que mortífero que lo acosaba. Palacios analiza el caso de Wittgenstein con base en el de Joyce, a quien toma como caso paradigmático de psicosis, y señala que tanto Joyce como Wittgenstein logran evitar el desencadenamiento de la psicosis mediante su escritura. Es de notar entonces que para este autor, contrario a lo que encontramos en otros que mencionaremos más adelante, la metáfora delirante no implica necesariamente un desencadenamiento previo para conformarse, y que algunos casos *excepcionales* logran una plena estabilización que nunca se desencadena.

Ramírez (2008) resalta la dimensión creativa del delirio, como forma mediante la cual el psicótico “hace algo” con el goce que lo invade. Deduce de allí su valor estabilizador. Asimismo, señala que la estabilización por medio de la metáfora delirante se produce a nivel de la significación, lo cual es ejemplificado con el caso del Presidente Schreber. En sus escritos se puede observar como el sintagma “ser la mujer de Dios” ordena toda una serie de fenómenos que sobrepasan al Presidente Schreber y lo dejaban inerme frente a un goce invasivo; al mismo tiempo dota al mundo de sentido y le pone fin a la fragmentación de su cuerpo. Por último, indica que la cura analítica sería más bien una clínica de suplencias, que no apunta a la producción de una metáfora delirante para la

estabilización de la psicosis, sino a “un enganche particular en cada sujeto” (p.13) que le permita hacer un lazo social. Este enganche sería el “sinthome”, que al contrario del delirio no produce significaciones nuevas, sino que es un “saber-hacer-allí-con (...) ese goce que lo invade” (p.13).

Costa & Jacinto (2011) realizan una revisión exhaustiva del uso del término estabilización en la obra de Lacan. Afirman que este término tiene alcances muy amplios, y que incluye diversas formas de estabilización, como la suplencia y el sinthoma, que no son excluyentes entre sí, de modo que un mismo sujeto puede hacer uso de diversos medios de estabilización. Por esta razón, es necesario que el analista no establezca prejuicios en forma de ideales de la cura del psicótico, como lo sería pensar que todo psicótico debe llegar a establecer una metáfora delirante. Estos autores recalcan que existen estabilizaciones más precarias que otras, en la medida en que le permitan al sujeto una relación *estable* con la realidad, y es necesario prestar atención a los intentos espontáneos del sujeto por lograr dicha estabilización.

Los autores citados resaltan que Lacan plantea su tesis de la estabilización a partir de la construcción delirante mediante el caso del Presidente Schreber. Señalan que, en su texto, *De una cuestión preliminar a cualquier tratamiento posible de la psicosis*, Lacan apunta en una nota a pie de página añadida en 1966 que el campo de la realidad del sujeto se mantiene a partir de la extracción del objeto *a*, que una vez perdido dará pie a la castración y al intento de reencontrarlo. La ausencia de este efecto produce las alteraciones de la realidad propias de la psicosis. La metáfora delirante permite aislar ese goce que no ha pasado por la castración en la psicosis, fijando su posición en el campo de un otro. En el caso del Presidente Schreber, ese otro sería el mismísimo Dios, que exige de él su transformación en mujer. La estabilización del Presidente Schreber se da mediante su aceptación de esta imposición, lo que le permite restablecer su realidad subjetiva. Para estos autores, el delirio tiene dos intenciones: En primer lugar, poner en juego nuevas significaciones para construir una nueva realidad, y en segundo lugar localizar el goce que invade al sujeto. No obstante, ello solo es posible mediante el trabajo subjetivo del paciente para ordenar el delirio. Los autores señalan que un delirio desorganizado es más “sufrido” que vivido. Por último, estos autores resaltan que la estabilización lograda mediante las

diversas formas de suplencia disponibles no es definitiva, y es susceptible de ser afectada por las vicisitudes de la vida del sujeto. Siempre habrá un resto imposible de asimilar que pone en riesgo toda la estructura, y no solo en el caso del psicótico. No obstante, los autores afirman que para este último el riesgo es quizás más alto, dado que la no separación del objeto *a* puede llevar a una identificación con el objeto de goce del Otro, con consecuencias mortíferas.

Salinas (2011) resalta la ruptura producida por Lacan entre el psicoanálisis y la psiquiatría mediante su teoría del desencadenamiento, en oposición a las perspectivas organicistas de esta última. Señala como Lacan permanece muy cercano a Freud durante este desarrollo, basándose en su lectura del caso del Presidente Schreber para proponer el concepto de metáfora delirante. En consecuencia, esta autora se refiere exclusivamente a la estabilización que sucede luego de desencadenamiento, y no a la que lo precede.

De Battista (2015) hace un breve comentario sobre la orientación de la cura a partir de la noción de metáfora delirante. Apunta que a partir de la lectura del caso del Presidente Schreber muchos analistas dedujeron que era necesario acompañar al paciente en la formación de su metáfora delirante desde la posición que se ha denominado “secretario del alienado”. La autora señala que esta expresión se ha prestado para todo tipo de interpretaciones, que van desde aquellos que la toman como la necesidad de que el analista participe activamente de la construcción del psicótico, como aquellos que opinan que por el contrario debe permitir que el psicótico se sirva de su posición como objeto de forma más o menos pasiva. No obstante, la autora advierte que tal pasividad puede resultar nociva para un sujeto que de por sí se caracteriza en muchos casos por la firmeza y obstinación con que sostiene las ideas que lo enajenan del lazo social, produciendo aquello que los psiquiatras llaman “reforzar las ideas irracionales” propias del paciente. La autora indica que no basta con ser dócil a lo expresado por el psicótico, también es necesaria una “implicación” (según la expresión de la autora) que va más allá de una técnica o de una conducta específica que el analista deba observar frente a su paciente psicótico, sino un “dejarse concernir” (p.96) por él.

de Almeida (2017) afirma que en lo que llama “la primera clínica de Lacan” la metáfora delirante es el eje que ordena cualquier tratamiento posible de las psicosis, pues

era considerada como el punto de llegada de la construcción delirante del sujeto, produciendo la estabilización buscada. Este autor hace énfasis en que, a esta altura de su trabajo, Lacan no consideraba que la metáfora delirante fuera una *suplencia* de la metáfora paterna faltante, sino su *substituto*, pues el concepto de metáfora, tal y como es retomado por Lacan desde la lingüística, da cuenta precisamente de cómo un significante viene en el lugar de otro. De acuerdo con Almeida, en el seminario IV Lacan usa por primera vez el término “suplencia” con relación al caso de Juanito, haciendo referencia a la compensación de la carencia paterna, pero en un caso de neurosis. Más tarde, en su seminario R.S.I., Lacan retoma el concepto de suplencia ya en relación al anudamiento de los tres registros (real, simbólico e imaginario). Almeida resalta también el carácter imaginario de la metáfora delirante como sustituto del significante Nombre-del-Padre faltante en la psicosis, que no logra una verdadera separación del Otro, y por tanto lo deja a merced de un goce incluso más intenso. De acuerdo con este autor, por esta razón Lacan hace el viraje hacia la pluralización de los nombres del padre para pensar la clínica con el psicótico, pues si bien la metáfora delirante proporciona una estabilización precaria, nos enseña que no existe un único significante que pueda cumplir la función de ordenar el aparato significante que constituye el inconsciente, sino que pueden haber varias alternativas, lo que quedaría probado por la estabilidad de la estructura psíquica del psicótico previa a su desencadenamiento.

Señalaremos algunos puntos fundamentales de lo encontrado en los autores revisados hasta ahora: La metáfora delirante surge en un momento de la obra de Lacan en el que intentaba restablecer los fundamentos del psicoanálisis mediante su lectura de Freud, apoyado en el estructuralismo y la lingüística. Así, concibe a la psicosis como una falla en la estructura del lenguaje causada por la forclusión de un significante fundamental que ordena todo el sistema significante mediante una metáfora; en oposición a las tesis organicistas imperantes en la psiquiatría de ese entonces. Recordemos que Lacan plantea esta tesis en el contexto de su intento por despejar una *cuestión preliminar* a todo tratamiento posible de la psicosis. De este modo, mediante el estudio del caso del Presidente Schreber demuestra la estructura significante de los fenómenos que lo atormentaban, y la forma en la que los mismos se organizan en torno de una metáfora delirante que estabiliza las significaciones desordenadas que amenazaban todo el sistema.

Sin embargo, más adelante, con la introducción del objeto *a* introduce la noción de una pérdida fundamental en el sistema psíquico que condiciona la relación del sujeto con la realidad, caracterizada de ahí en adelante por la búsqueda del objeto perdido y jamás encontrado. El hecho de que el psicótico pueda tener una relación más o menos estable con la realidad sin la necesidad de hacer uso de la metáfora paterna relativiza la función que el Nombre-del-Padre tenía hasta entonces en el psicoanálisis, planteando la posibilidad de suplir esa falla fundamental de la estructura psíquica mediante diversos artificios, creados por el sujeto, uno de los cuales puede ser la metáfora delirante, que no necesariamente se presenta en todos los sujetos, que puede presentarse en compañía de otras suplencias, y que podría proveer una estabilización precaria que sea puesta en cuestión por las vicisitudes de la vida del sujeto.

En conclusión, si bien Lacan no zanja la cuestión de la psicosis de una vez y por todas con su trabajo de los años 1958-59, si establece los cimientos de una concepción de la psicosis que subvierte las nociones tradicionales y le da nuevos alcances a la teoría y la práctica psicoanalíticas. Más tarde, con la introducción del objeto *a* y de la topología, recontextualiza sus hallazgos y saca nuevas y fértiles conclusiones sobre el papel de las suplencias en la estructura psíquica de sujetos hablantes (entiéndase, psicóticos y no psicóticos). No obstante, persisten varias preguntas sobre la práctica clínica con pacientes psicóticos. Si bien el ciclo estabilización-desencadenamiento permite comprender la historia natural de muchas psicosis, se hace evidente en los analistas lectores de Lacan una especie de separación entre los fenómenos clínicos tal y como se presentan en la experiencia analítica, y lo que los analistas han podido formalizar de las estructuras del lenguaje y el goce que se ponen en juego en esta experiencia. Esta separación es palpable en el concepto de “psicosis no desencadenada”. Si bien Soler señala que es necesario diferenciar entre un apaciguamiento de los síntomas y una estabilización de la estructura, no queda claro cómo debería realizarse esta diferenciación pues, como se ha señalado, la estructura no es en ninguna medida independiente de los fenómenos, siempre que se los tome en conjunto y no solo individualmente de manera descriptiva. Podríamos preguntarnos entonces si una psicosis no desencadenada podría darse gracias a una metáfora delirante, tal y como lo plantea Palacios (2008) en su análisis de la obra de Wittgenstein, o si solo podría llegarse a este tipo de suplencia a partir de una crisis que

ponga en jaque el universo significativo del sujeto y requiera de una respuesta especial que no se daría bajo otras circunstancias. En este sentido, es pertinente preguntarnos también por la “solidez”, en términos clínicos, de la estabilización lograda mediante la metáfora delirante. Es sabido que el caso prínceps, el del Presidente Schreber, termina con un fracaso de esta estabilización. Varios de los autores citados mencionan explícitamente la precariedad de este tipo de estabilizaciones, por lo que cabría preguntarse también si un analista debería promover o no la formalización de una metáfora delirante en las curas de pacientes psicóticos, y más aún cuando la posición misma del analista dentro de la cura excluye de entrada cualquier asunción sobre lo que sería “lo mejor” para el paciente, y en consecuencia la promoción de tal o cual respuesta subjetiva.

Un estudio de la obra de Lacan podría brindarnos luces sobre estos puntos fundamentales. Se hace necesario entonces volver a los textos en los que este autor formaliza su noción de estabilización a partir de la metáfora delirante, lo cual haremos a continuación.

LA METÁFORA DELIRANTE COMO FORMA DE ESTABILIZACIÓN EN LA PSICOSIS

Lacan retoma la referencia de Freud a Fechner con relación al más allá del principio de placer. En su seminario II comenta *Más allá del principio de placer*, señalando con Freud el carácter fundamental del principio de placer, que fuerza al organismo a un principio de *inercia* (el término es de Fechner) según el cual todo exceso de excitación es descargado mediante una respuesta opuesta de igual magnitud, con el fin de mantener el nivel de excitación estable. Lacan señala que, en los términos de su época, a este principio se lo denomina *homeóstasis*. Pero lo que Lacan rescata del texto de Freud es que este último no se contenta con las referencias a la energética tal y como son pensadas por la ciencia de su época, sino que se percata de la paradoja a la que conduce el principio de inercia: La compulsión a la repetición propia del sistema inconsciente termina siendo dañina para el yo consciente. Es decir que, en la “máquina humana”, hay un mecanismo defectuoso que impide el funcionamiento ideal planteado por la psicología del yo, a la que Lacan critica rigurosamente en este texto. Lacan separa entonces al psicoanálisis tajantemente de la manera en que la medicina entiende la noción de estabilización, o sea en relación a un ideal de un funcionamiento *adaptado* al medio que garantizaría la supervivencia del organismo. Esta separación puede deducirse a partir del siguiente apartado: “Este sistema tiene algo que molesta. Es disimétrico, no pega. Algo escapa en él al sistema de ecuaciones y a las evidencias pertenecientes a las formas de pensamiento del registro de la energética, instauradas a mediados del siglo diecinueve” (p. 98).

Con todo, ya en su seminario III dedicado a las estructuras freudianas de las psicosis, Lacan retoma, en un principio, la noción de estabilización al nivel de la fenomenología para describir la evolución de la psicosis. Describe con ella uno de los estadios de la psicosis, en el que el sufrimiento del paciente a causa de sus síntomas cede en cierta medida, y le permite un relativo funcionamiento en el mundo. Este es el uso de la noción que encontramos en la siguiente cita:

El Presidente Schreber relata con toda claridad las primeras fases de su psicosis. Y nos da la atestación de que entre el primer brote psicótico, fase llamada no sin fundamento pre-psicótica, y el apogeo de estabilización en que escribió su obra,

tuvo un fantasma que se expresa con estas palabras: *sería algo hermoso ser una mujer sufriendo el acoplamiento*. (p.92).

En esta cita, Lacan describe la historia de la enfermedad del Presidente Schreber en un período de tiempo separado en tres estadios: Un período pre-psicótico, el primer brote psicótico, y su consecuente estabilización. Intenta aislar el elemento que conecta la fase pre-psicótica con la aparición del primer brote. No obstante, este no es el único uso de la noción de estabilización en este seminario. Más adelante empleará este término de una forma completamente distinta:

¿Podemos hablar de compensación, y aún de curación, como algunos no dudarían en hacerlo, so pretexto de que en el momento de estabilización de su delirio, el sujeto presenta un estado más sosegado que en el momento de su irrupción? ¿Es o no una curación? Vale la pena hacer la pregunta, pero creo que solo puede hablarse aquí de curación en un sentido abusivo (p.125).

Si bien hace referencia al mismo estadio del que hablaba en la cita anterior, esta vez le da un giro particular al término estabilización. Nótese que en esta cita Lacan hace referencia a la estabilización *del delirio del sujeto*, y no de su conducta. A partir de esta distinción Lacan formula claramente la cuestión de saber si la estabilización del delirio implica la curación del sujeto psicótico, y responde inmediatamente que no parece que sea el caso. ¿Por qué? Porque el delirio no deja de portar la marca del desencadenamiento que lo precede, dando cuenta de que este último desbarata la cadena significante que estabilizaba la relación del sujeto con su realidad. Lacan denomina entonces al delirio como “sustracción de la trama en el tapiz” (p.128), pues da cuenta de la incoherencia del tejido significante que pierde su consistencia cuando es atacado por lo no simbolizado (forcluido) por el psicótico.

Vemos entonces cómo, en este pasaje, para Lacan la estabilización no está necesariamente ligada a la curación (tal y como esta es entendida por la medicina), y menos aún al efecto de la intervención del analista. Designa más bien una tendencia del fenómeno psicótico a detenerse en un cierto punto, el cual es pesquisable en un número de casos. ¿Qué es, entonces, lo que Lacan denomina “estabilización del delirio”? Recordemos que todo el análisis de Lacan en este seminario gira en torno del caso de Presidente Schreber.

Es por tanto en este análisis que debemos interpretar lo que significa la estabilización de un delirio.

En esta misma clase, Lacan define al fenómeno psicótico como “La emergencia en la realidad de una significación enorme que parece una nadería -en la medida en que no se la puede vincular a nada, ya que nunca entró en el sistema de simbolización- pero que, en determinadas condiciones puede amenazar todo el edificio” (p.124). Lacan insiste hasta el cansancio a lo largo de todo este seminario en subrayar el carácter signifiante de los fenómenos psicóticos que padece el Presidente Schreber. Así pues, el fenómeno psicótico afecta principalmente al edificio del lenguaje, y la estabilización debe ser pensada en este nivel. Esta tesis es enunciada por Lacan con todas sus letras en su texto *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*:

Es la falta del Nombre-del-Padre en ese lugar que, por el agujero que abre en el significado, inicia la cascada de los retoques del signifiante de donde precede el desastre creciente de lo imaginario, hasta que se alcance el nivel en que signifiante y significado se estabilizan en la metáfora delirante. (p.552)

Se trata del único pasaje de su obra en el que Lacan menciona explícitamente el término *metáfora delirante*. No obstante, recordemos que su texto *De una cuestión preliminar* resume el trabajo de su seminario de los años 1955-1956. En él, hace un desarrollo sobre la metáfora y su papel fundamental en la estructura del lenguaje, el cual como hemos visto es determinante para la comprensión de los fenómenos psicóticos. Al examinar el carácter signifiante de los fenómenos psicóticos, Lacan se percató que no hay nada en ellos que pase por el registro de la metáfora, tal y como esta fue estudiada por los lingüistas de su época. Vale la pena que nos detengamos en estos desarrollos.

Lacan describe la función de la metáfora en la estructura signifiante de la siguiente manera: “supone que una significación es el dato que domina y desvía, rige, el uso del signifiante, de tal manera que todo tipo de conexión preestablecida, diría lexical, queda desanudada” (p.313). Así pues, la metáfora da cuenta de uno de los procesos fundamentales del funcionamiento del lenguaje, mediante el cual el código preestablecido de antemano puede ser desordenado, de modo que se establecen nuevas conexiones que permiten la emergencia del significado. Lacan señala incluso que esta es una de las características que

distinguen a los seres humanos del resto de los animales, pues estos últimos carecen de un orden significativo preestablecido que les permita articular sus propios apetitos. Es el descubrimiento de las leyes de este orden y de su relación con el cuerpo humano lo que Lacan denomina “el sentido del descubrimiento analítico” (p.282).

La metáfora permite establecer lazos entre significantes a partir de el establecimiento de una *identidad* de sus funciones dentro de la sintaxis. Lacan ejemplifica esta tesis mediante su comentario de un verso de Victor Hugo: “Su gavilla no era avara ni odiosa”. En esta frase, el término “gavilla” viene a ocupar el lugar del sujeto, representándolo metafóricamente, y se le asignan sus cualidades, a saber, no ser ni avaro ni odioso. Es gracias al orden sintáctico preestablecido que la palabra “gavilla” (que de por sí significa haz, es decir, un objeto inerte que por definición no puede ser ni avaro ni odioso) viene a remplazar al sujeto en la frase dando lugar a una nueva significación. Lacan ilustra el funcionamiento de la metáfora mediante el siguiente gráfico, que denomina *fórmula de la metáfora, o de la sustitución signifiicante*.

$$\frac{S}{S'} \cdot \frac{S'}{x} \rightarrow S\left(\frac{1}{s}\right)$$

(Tomado de Lacan, 2009, p.533)

En este gráfico, Lacan ilustra como un significante (S) va a representar una significación desconocida (x) creando una nueva significación (s). S' designa el significante elidido, el cual será remplazado por S. La elisión de S' es la condición de éxito de la metáfora.

Es entonces esta función la que Lacan hecha de menos en los fenómenos psicóticos. Pero es necesario hacer una aclaración: No se trata de afirmar que el Presidente Schreber, como sujeto hablante que era, no fuera capaz de valerse de metáforas para hablar o para escribir poesía. Ciertamente algo de esa dimensión puede encontrarse en sus escritos. No obstante, si hablamos estrictamente de los fenómenos psicóticos que padecía (por ejemplo, de los “rayos divinos” que se comunicaban con él mediante una suerte de vínculo paranormal), entonces no podemos más que aceptar la justeza de la observación de Lacan.

Precisamente, estos rayos divinos se caracterizan por que tienen el deber de *hablar*, según el reporte que hace Lacan de lo expuesto por el Presidente Schreber. Pero lo notable es que esta es su única característica, pues por lo demás carecen de identidad, y en consecuencia es justo decir con Lacan que no son más que la entificación del significante. El mensaje que portan estos rayos no es en realidad ningún mensaje, en tanto carece de cualquier significación (no operan a un nivel metafórico), y se reduce a indicaciones acerca del uso del lenguaje. A este nuevo código delirante Schreber lo denomina, por mandato de las voces, *Grundsprache*, o “lengua fundamental”, como ha sido traducida al español. Diríamos entonces que, en el caso de este tipo de alucinaciones, el mensaje es el significante como tal, y no tal o cual significado. Este funcionamiento automático del lenguaje, si se nos permite la expresión, que caracteriza a los fenómenos psicóticos, nos enseña sobre la estructura del significante y su papel fundamental en el establecimiento de las relaciones del sujeto con la realidad. Lacan nos indica que son las leyes que determinan este funcionamiento las que deben guiar nuestro análisis de los síntomas neuróticos, la interpretación de los sueños, y nuestra comprensión de los fenómenos psicóticos; en oposición, por ejemplo, a los significados propios del sentido común y que en muchos casos no son más que los prejuicios del propio analista o terapeuta. Es en este sentido que entendemos las constantes críticas de Lacan a la noción de proyección tal y como fue desarrollada por los postfreudianos. Para los autores que caben bajo esta categoría y que son citados por Lacan, el núcleo del delirio de Schreber se encontraría en una tendencia soterrada a la homosexualidad, puesta en evidencia por su delirio transexualista. No obstante, tomado por esta vertiente, este fenómeno es forzado dentro de las categorías culturales sobre los roles sexuales y la supuesta normalidad sexual del ser humano, y se pierde por completo la vista sobre la función que este delirio tiene dentro de la lengua propia del sujeto.

Restarle importancia al significado y centrar la atención en el significante es, de acuerdo con Lacan, retomar la vía abierta por Freud para el análisis de las formaciones del inconsciente. Hasta este punto, Lacan desarrolla el concepto de metáfora desde un punto de vista lingüístico, si bien apuntando a su relación con los fenómenos clínicos que hemos mencionado. No obstante, Lacan realiza un avance con grávidas consecuencias para la práctica analítica cuando identifica a la metáfora con el proceso inconsciente denominado

por Freud como “condensación”. Este avance saca a la metáfora de su contexto epistemológico, la lingüística, y lo convierte en un concepto clínico para ser usado por el psicoanálisis.

Ahora bien, en lingüística existe una oposición entre la metáfora y la metonimia. Mientras que la metáfora designa el proceso mediante el cual un significante viene en el lugar de otro, la metonimia es cuando un significante remite a otro en cuanto sus significaciones se superponen. Así, Lacan plantea el ejemplo de la palabra “choza”, que remite a “techo”, “suciedad”, “pobreza”, y a otras tantas palabras que hacen parte de su campo semántico. Lacan resalta que este es el nivel del nombre, que gira en torno de una significación que, sin embargo, sin metáfora no será capaz de atrapar. Para Lacan, la metonimia tiene una primacía en los fenómenos psicóticos, pues allí donde una significación es elidida (o, para usar los términos establecidos por la doctrina lacaniana, forcluída) de forma radical de la red simbólica, aparecen las alucinaciones en lo real que aluden a esa significación, pero sin poderla reducir. De esta forma se genera, por así decirlo, un derrame de significantes sin sentido que van consolidando un delirio, más o menos estructurado según el caso. Lacan retoma la oposición entre metáfora y metonimia de la lingüística, y la asimila a la oposición entre condensación y desplazamiento propia del psicoanálisis. También, como hemos visto, recalca la importancia de la metonimia para la comprensión de los fenómenos del significante propios de la clínica psicoanalítica, en contra de la vía metafórica del sentido. De este modo, establece un orden de adquisición de las funciones del significante. La metáfora presupone lógicamente la existencia de la metonimia. En otras palabras, para que haya significación primero deben haberse aprehendido las reglas que permiten las combinaciones de significantes. Retomando el verso de Victor Hugo analizado por Lacan, diríamos que primero es necesario saber qué es una gavilla para poder darle una nueva significación. En caso contrario, no se trataría sino de un sonido como otro cualquiera.

En este orden de ideas, la alteración de la función de la metáfora que es patente en los fenómenos psicóticos debe estar asociada, en ausencia de una afasia, a una alteración del orden simbólico. Continuando con su lectura del psicoanálisis apoyada en la lingüística, Lacan sitúa el momento de la adquisición del lenguaje en el momento, crucial para el sujeto

humano, que el psicoanálisis ha denominado “Complejo de Edipo”. Para Lacan, de lo que se trata en ese momento es de instaurar un orden, y como todo orden solo puede ser pensado a partir del orden significante, entonces es seguro decir que este último se instaura a partir del complejo de Edipo. Lacan resalta una y otra vez a lo largo de su obra, desde su escrito sobre *El Estadio del Espejo*, la situación peculiar de la cría humana en relación con lo que el mundo material exige de él, y en comparación con las crías de otras especies. Estas últimas dan muestra, sin excepción, de una mayor preparación para los apremios de la vida que las crías humanas, y un menor grado de dependencia con respecto a sus progenitores. Este hecho que pertenece a la experiencia más elemental demuestra, por sí solo, que por su misma naturaleza la vida del ser humano requiere de un soporte externo a su cuerpo, sin el cual en el mejor de los casos aparecerá una forma de vida que difícilmente reconoceríamos como humana (véase el caso de los niños ferales).

No obstante, por más natural que sea la relación del hombre con sus semejantes, o precisamente por esa razón, no se produce sin violencia. Este forzamiento es señalado por Lacan mediante su postulado del estadio del espejo, en el cual la cría humana debe aprehender su propia imagen mediante aquella que le viene de su semejante. Es decir que, en principio, capta su propia imagen como algo *externo*, e incluso exótico. Los fenómenos psicóticos no pueden más que evocar esta situación, pues es común escuchar a los pacientes delirantes quejarse de que sufren todo tipo de alteraciones de su imagen corporal, a pesar de que para los ojos del resto del mundo esta última no se encuentre más trastornada que la de cualquier otra persona.

Esa imagen externa se vuelve entonces la base del yo. Lacan señala cómo este último no tiene una función “integradora”, tal y como aparece en la pluma de los postfreudianos, sino de dominio, resaltando su carácter fundamentalmente enajenador, necesario para el mantenimiento de las relaciones humanas, tal y como lo demuestran los descabros imaginarios del psicótico, que aparte de la angustia a la que conducen generan un deterioro notorio, y en muchos casos catastrófico, de las relaciones del sujeto con la realidad.

¿Qué es lo que impide, en los sujetos no psicóticos, tal despliegue de la fantasmagoría que caracteriza a lo imaginario? Para Lacan a esta altura de su seminario, se trata del orden del significante que le pone un límite al deslizamiento de lo imaginario. Lacan señala que este orden depende de unos cuantos significantes fundamentales sin los cuales la realidad del sujeto se deshace o nunca se conforma. Todo el lenguaje está constituido por un juego de alternancias entre presencias y ausencias, sonidos y silencio que hacen surgir la significación. Este ciclo se establece a su vez a partir de una alternancia fundamental para la supervivencia y el desarrollo del niño, vale decir la presencia y ausencia de la madre. Es en relación con esta última, que se encarga también de bañar al niño de significantes desde antes incluso de su nacimiento, que aparecen las primeras simbolizaciones del niño. No obstante, para que el registro del lenguaje humano sea instalado de manera definitiva, es necesario que se reconozca el lugar de la falta de la madre. El significante que típicamente viene en este lugar es el Nombre-del-Padre, que mediante una operación de metáfora significa la falta de la madre (la significación fálica). Retomando el gráfico de la metáfora que vimos anteriormente, Lacan ilustra este proceso de la siguiente manera:

$$\frac{\text{Nombre del Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \quad \frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} \quad \longrightarrow \quad \text{Nombre del Padre} \quad \left(\frac{A}{\text{Falo}} \right)$$

(Tomado de Lacan, 2009, p.533)

De este modo, al despejar en el psicoanálisis la primacía del significado, y reconocer la estructura del significante que se impone en los fenómenos clínicos, Lacan refuta las concepciones ambientalistas de los psicoanalistas sobre la influencia de los padres como personas en los trastornos neuróticos o psicóticos. En esto es preciso decir que sigue la veta de Freud, quien por ejemplo no resalta en el caso del hombre de las ratas los méritos o los errores de los padres de su paciente, sino la forma en que ellos transmitieron, sin saberlo, ese cuestionamiento fundamental alrededor del cual se formaría el mecanismo fabuloso de la neurosis obsesiva, sin la participación consciente del paciente. En estos términos, es necesario notar que desde una perspectiva psicoanalítica ciertamente no se puede promover el maltrato infantil, pero tampoco se puede argumentar que los síntomas

neuróticos o que los fenómenos psicóticos sean consecuencia directa del maltrato o la alcahuetería en el proceso de crianza del niño. Es su énfasis en el significante y sus leyes lo que separa al psicoanálisis tajantemente de una pedagogía o de una ciencia de parvulario.

Pues bien, la tesis fundamental de Lacan en su seminario III en cuanto a la psicosis es la siguiente: *Es el hecho de que, por alguna razón, el sujeto no se las vio con el significante del Nombre-del-Padre durante una época crucial lo que explica el fenómeno psicótico*. Valiéndose de la terminología freudiana, Lacan señala el papel de la *Bejahung*, la afirmación primordial que, al ser negada, constituye el corazón de la neurosis por su insistencia tras bambalinas desde lo inconsciente, de un significante que se repite por haber sido reprimido del sistema consciente. Tal afirmación está ausente en la psicosis, lo que conduce a un funcionamiento del inconsciente distinto a la que es causada por la represión. Al rechazo de ese significante primordial Lacan lo llamará *verwerfung*, o forclusión, como ha sido traducido al castellano (también se ha usado el término “preclusión”).

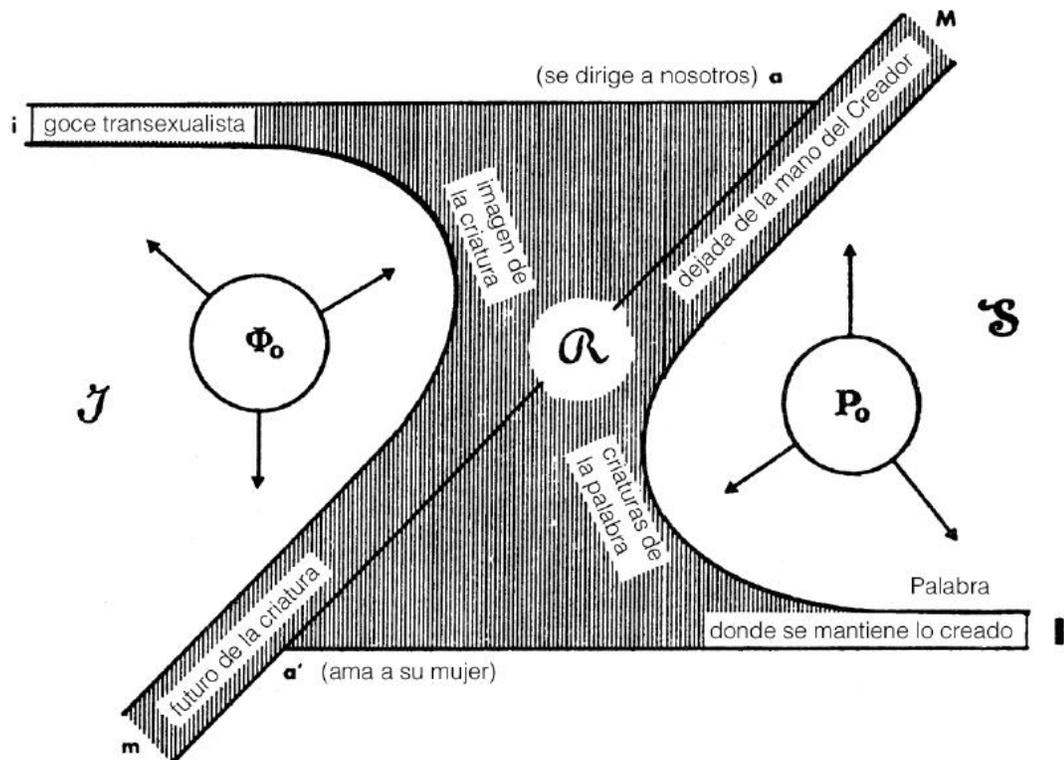
Ante la falta de ese significante fundamental, toda vez que algo en la experiencia de ese sujeto evoca el vacío de la significación fálica, este se impone en lo real bajo la forma de un significante que se impone en cuanto tal, sin posibilidad de adquirir una significación, pues no es registrado por el sujeto. De allí que se presente como *voz* que el sujeto no reconoce como propia. Este fenómeno produce un desorden simbólico y, en consecuencia, un caos imaginario pues deja al sujeto inerme frente a la violencia que implica para el ser humano su vida en sociedad.

Pero, ¿por qué no todos los psicóticos presentan estos trastornos desde el momento mismo en que fracasa la inscripción de la significación fálica? Hay una latencia entre la falla estructural y los trastornos psicóticos que merece una explicación. De acuerdo con Lacan, esta latencia se da porque de todos modos el sujeto psicótico puede lograr, mediante identificaciones, una *compensación* (el término es de Lacan) que le permita vivir en el mundo como una persona “normal”. Es de notar que esta explicación se adapta singularmente bien al caso del Presidente Schreber. Pues no se tiene registro que antes de su desencadenamiento él se hiciera algún cuestionamiento relevante sobre su identidad como ser sexuado. Lacan plantea que una identificación con modelos masculinos le puede permitir a un sujeto como el Presidente Schreber comportarse e incluso pensar como un

hombre, pero al carecer del significante del vacío no se establecería la distancia necesaria entre estas imágenes y el sujeto como tal, quedando capturado por la basculación propia del registro imaginario, inestable por naturaleza.

Todo este sistema correría entonces el riesgo de venirse abajo cuando el psicótico se ve forzado, en la realidad, a confrontarse con ese lugar vacío que establecería la distancia con la relación dual, imaginaria, pues como su significado nunca fue registrado, desencadena una respuesta en lo real que, como hemos dicho, el psicótico no puede reconocer como propia. De acuerdo a la distinción que hemos venido haciendo de los distintos registros que despliega Lacan, y de su papel en la clínica psicoanalítica, es necesario señalar que no se trata aquí para el sujeto, forzosamente, de ser confrontado por un padre cualquiera o incluso por la paternidad. Lacan afirma que de lo que se trata es de encontrar Un-padre. Incluso llega a dar la siguiente indicación clínica: “Búsquese en el comienzo de la psicosis esta coyuntura dramática” (p.552). Un-padre se refiere, de acuerdo a lo expuesto hasta el momento, a la encarnación de ese lugar que es el del lenguaje como tal. Cuando este lugar del vacío aparece, literalmente, en lugar de mediar entre el sujeto y sus relaciones imaginarias, estas últimas no soportan el peso y se desploman. En el caso del Presidente Schreber, este momento sucede en un primer momento frente al fracaso de su candidatura al Reichstag, y de manera definitiva luego de su nombramiento, un tanto inesperado, como Presidente del senado. Ambas experiencias ciertamente ponen en cuestión la existencia que tenía hasta el momento, tanto más cuanto le exigían la asunción del papel de ser el agente del mantenimiento de la ley. La respuesta de Schreber es un delirio que lo coloca en la posición de ser el objeto, en un primer momento reticente y más tarde voluntario, de un padre avasallador que quiere gozar de él. El proceso mediante el cual se produce este viraje es lo que Lacan resume cuando afirma “que significante y significado se estabilizan en la metáfora delirante” (p.552). Lacan lo ilustra mediante el siguiente esquema, el esquema I⁴:

⁴ Conviene señalar que para el despliegue de la información contenida en este intrincado gráfico, nos hemos ayudado de la lectura realizada por Acosta & Jacinto (2011). Del mismo modo, es preciso decir que no desarrollaremos exhaustivamente este esquema, que a su vez se basa en el esquema R, sino que nos enfocaremos simplemente en lo que corresponde al mecanismo de la metáfora delirante.



(Tomado de Lacan, 2009, p.533)

Po y Φ_0 dan cuenta de la forclusión, indicando la brecha (la parte sombreada del gráfico) que existe entre el significante fundamental y la significación que estabiliza la realidad del sujeto. No obstante, dicha brecha deforma las líneas de lo simbólico (Po) y de lo imaginario (Φ_0), abriéndolas hacia el infinito, lo cual es representado aquí mediante dos asíntotas simétricas. La que corresponde al campo de lo simbólico se encuentra del lado del Otro del sujeto (M), el Dios que le impone a Schreber las significaciones, que lo martiriza, y que goza de él. Frente a esta asíntota se encuentra la otra, del lado de lo imaginario y del yo del sujeto (m). El encuentro entre el yo y el Otro, teñido en el delirio de una connotación mortífera debido al descalabro imaginario, se encuentra entonces aplazado indefinidamente mediante el recurso a una significación delirante, “ser la mujer de Dios”, que viene en el lugar del Nombre-del-Padre faltante por la vía del ideal (Dios). Esto permite delimitar de cierta manera las relaciones entre el sujeto y el otro. En efecto, el gráfico apunta a mostrar la separación lograda entre m y M, pero lograda virtualmente, pues en todo caso esa unión con el Dios que exige la castración de Schreber se deja suspendida para un futuro incierto, en el

que el orden de las cosas volvería a su justa medida mediante el sacrificio de su propia persona.

Vemos entonces todo un viraje en la posición de Schreber, que va desde la imposición de una significación inapelable (*ser una mujer sufriendo el acoplamiento*), hasta la asunción de esa significación elidida por el desvío de la metáfora delirante (*ser la mujer de Dios*). El análisis del delirio de Schreber a partir desde la perspectiva del significante en su estructura permite ordenar y resaltar las relaciones entre toda una serie de fenómenos que la mayor parte de las veces suelen considerarse nada más que disparates sin sentido, fruto de una enfermedad. No obstante, reconocer el plano del significante en cuanto tal, desligado de su dimensión de sentido, implica un cambio de perspectiva radical en la forma de concebir la psicosis. Otro punto importante que el análisis de este capítulo pone de plano es el hecho de que el orden significante se desentiende, por así decirlo, del bienestar del organismo. El esfuerzo de Lacan en los textos que hemos tomado es, a partir de las nociones freudianas, demostrar mediante la psicosis la tesis de que los asuntos humanos dependen, a un nivel esencial, del significante. Si admitimos esta tesis y desarrollamos sus consecuencias, sería necesario distinguir entre lo que la estructura del significante exige para su estabilización, y la homeóstasis del organismo necesaria para continuar la vida. El desencuentro entre ambos órdenes es lo que justifica la existencia del psicoanálisis y la acción del analista.

DISCUSIÓN

Conviene recordar que, a la altura del seminario III y por la fecha en que escribió su texto *Sobre una cuestión preliminar*, el afán de Lacan era despejar el campo del psicoanálisis de los equívocos introducidos por los analistas que vinieron después de Freud, devolverles a los conceptos desarrollados por este último su filo para la clínica analítica, y demostrar la función esencial de significante en el psiquismo humano. Por tal razón, se dedica con ahínco a su “retorno a Freud”, fórmula que según Lacan mismo significa leer a Freud al pie de la letra. De allí que en su seminario III no de muchos avances sobre el problema clínico por excelencia de la clínica analítica con pacientes psicóticos, vale decir, el manejo de la transferencia. Su texto se llama *Una cuestión preliminar...*, pues no se ocupa del tratamiento como tal del paciente psicótico. En este mismo texto afirma que: “Decir lo que en este terreno podemos hacer sería prematuro, porque sería ir ahora “más allá de Freud”, y la cuestión de superar a Freud ni se plantea siquiera cuando el psicoanálisis ulterior ha vuelto, como hemos dicho, a la etapa anterior” (p.557).

Ciertamente, Lacan no resuelve el problema de la psicosis. Tampoco permanece con la misma opinión al respecto a lo largo de su enseñanza, sino que en las dos décadas siguientes realizará algunas correcciones, comentarios, y añadirá nuevas perspectivas que abrirán nuevas posibilidades para el psicoanálisis. No obstante, el seminario III continúa siendo una referencia obligatoria para el tratamiento del problema de la psicosis desde una perspectiva psicoanalítica, y una referencia teórica que subvierte las concepciones tradicionales sobre la locura, aún hoy, 60 años después. La concepción del significante como determinante para el entendimiento del fenómeno psicótico es una tesis fértil de posibilidades y congruente con los datos clínicos de la experiencia, brindándole a los analistas herramientas para pensar e intervenir sobre la psicosis que siguen siendo útiles hoy en día. Si en su mayor parte estos efectos se han visto reducidos a los círculos más o menos cerrados de los analistas, es a ellos a quien es necesario interrogar sobre su posición con respecto a la locura en el mundo contemporáneo.

Conviene, no obstante, darle una perspectiva a este análisis mediante los desarrollos posteriores a Lacan, así sea a grandes rasgos. Acosta & Jacinto (2011) apuntan que, en

1966, Lacan añade una nota a pie de página a su texto *De una cuestión preliminar*⁵, en la que señala que la estabilización de la realidad se realiza a partir de la extracción del objeto *a*, consecuencia de la castración. Ya hemos explicado como para Lacan, a la altura del seminario III, es necesaria una *violencia* que le permita significar el vacío que le otorgue a la estructura la capacidad de trasponer sus términos. No obstante, Lacan en este seminario pone el énfasis en el *agente* de esta operación. El concepto de objeto *a* le permite, por el contrario, pensar lo que sucede del lado del *paciente* de la castración, y es justo decir que este concepto genera un reordenamiento de los elementos que ha organizado mediante sus construcciones teóricas.

Una inversión análoga sucede en el seminario III. Cuando leemos los seminarios de Lacan, lo que encontramos es un trabajo continuo que vuelve una y otra vez sobre sí mismo. En sus seminarios anteriores, Lacan se había ocupado de estudiar el complejo de Edipo estrictamente freudiano, con sus consecuencias para la práctica analítica y la neurosis. La psicosis, al ser un problema que el mismo Freud legó a la posteridad, requería de una lectura distinta del Edipo, una lectura por así decirlo a contrapelo, evaluando los efectos de una distorsión en esta encrucijada esencial para el establecimiento de las relaciones del ser humano con la realidad. Los frutos de esta reflexión le permitirán entonces a Lacan cuestionar el estatuto del complejo de Edipo en su sentido clásicamente freudiano, lo cual llevará a cabo más adelante en su obra.

De este modo, llegamos al que quizás sea el mayor avance de Lacan con respecto a la psicosis después de su trabajo del seminario III (o por lo menos es reconocido como tal por los autores que hemos citado en nuestra sección de antecedentes). Se trata de la función de la suplencia y del *sinthome* desarrollados en su seminario XXIII. Estas nociones presuponen, como lo mencionan Soler (2004) y Almeida (2017), que existan alternativas al Nombre-del-Padre y que, aun ante la falta del significante primordial, sea posible encontrar maneras de sostener un orden compatible con la vida, por precario que sea. No obstante, también es importante resaltar que Lacan no vuelve a hacer referencia a la noción de estabilización de la psicosis, y su única referencia a este tema en específico es lo referente a la metáfora delirante; si bien es cierto que, como hemos dicho, replantea su concepción

⁵ Puede encontrarse en la página 530 de la edición que hemos referenciado.

sobre la psicosis más adelante en su obra, solo que no ya a partir de la noción de estabilización.

En suma, es posible afirmar que el seminario III y la noción de estabilización a partir de la metáfora delirante son puntos de viraje esenciales que permitirán la aparición de lo que algunos autores (como Ramírez (2008) y Almeida (2017)) llaman *la clínica de las suplencias*. Por más que Lacan haya dejado la cuestión del tratamiento como tal de la psicosis en suspenso, los puntos avanzados durante esta época le permitieron hacer avances para repensar *toda* la clínica psicoanalítica, incluido el tratamiento de la psicosis -a pesar de que la distinción entre las estructuras clínicas tiende a diluirse en favor de otras distinciones.

Ahora bien, con respecto a las cuestiones que nos planteábamos al comienzo de este trabajo a partir de la revisión de los antecedentes, podemos sacar algunas conclusiones.

- En primer lugar, salta a la vista la diferencia entre la noción médica de estabilización y la noción psicoanalítica. Esta última depende del orden significante y no puede ser leída en los fenómenos como tales -a no ser que se los examine en su dimensión significante.
- La estabilización de la psicosis a partir de la metáfora delirante en psicoanálisis hace referencia al ordenamiento de las significaciones propias del fenómeno psicótico en torno de una metáfora que permita una asimilación subjetiva de la significación elidida por la forclusión. Esta estabilización es por tanto en cierta medida independiente de las convenciones sociales y de la homeóstasis del organismo, por lo que un sujeto con una conducta *estable* (por ejemplo, un catatónico) puede en realidad encontrarse más lejos de la estabilización por la metáfora delirante que un sujeto con una conducta *anormal* (un sujeto con un trastorno delirante, por ejemplo).
- La metáfora delirante hace parte, por así decirlo, de la historia natural de algunas psicosis, y ocurre perfectamente sin la intervención del analista. Como hemos dicho, Lacan no pretende promover a esta altura de su enseñanza ninguna concepción sobre la cura del psicótico, por lo que en ningún momento plantea la necesidad de que el analista promueva o no dicha estabilización. Por otra parte, aplica los

métodos de investigación del psicoanálisis para el estudio de los fenómenos psicóticos, e invita a mantener una posición receptiva frente a este último, indicaciones que no dejan de tener su valor clínico y su utilidad.

- La estabilización del delirio mediante la metáfora delirante no es una solución definitiva, tal y como lo prueba el caso del Presidente Schreber. No obstante, pone de plano el hecho de que una solución que se valga del significante *es posible*, si bien no para generar sujetos bien adaptados a su medio socio-laboral, por lo menos sí para detener el proceso de hundimiento del mundo al que conduce en muchos casos la psicosis, y que en todo caso le permita hacer parte, así sea marginal, del delirio compartido de la humanidad. Para estos fines, personajes como el Presidente Schreber poseen ciertamente una visión privilegiada, capaz de enseñarnos sobre los fundamentos de este delirio -por poco que lo sepamos escuchar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez, J. M., Esteban, R., Sauvagnat, F. (2004). *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica*. Madrid: Editorial síntesis.
- Canguilhem, G. (2011). *Lo normal y lo patológico*. México D.F: Siglo XXI Editores.
- Costa, A. M. M. & Jacinto, R. S. (2011). Considerações sobre o conceito de estabilização nas psicoses. *Arquivos Brasileiros de Psicologia*. 63(2), 49-57.
- de Almeida, R. M. G. (2017). Psicanálise as estabilizações na psicose: Metáfora delirante e sinthoma. *Revista Affectio Societatis*, 14(26).
- de Battista, J. (2015). *El deseo en la psicosis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Fernández, T., & Vanegas, J. E. (2015). El arte como suplencia. *Revista Poiésis*, 29.
- Freud, S. (1992a). Estudios sobre la histeria. En: Freud, S., *Obras completas. Vol II* (pp. 1-310). Buenos Aires: Amorrourtu.
- Freud, S. (1992b). Más allá del principio de placer. En: Freud, S., *Obras completas. Vol XVIII* (pp.1-136). Buenos Aires: Amorrourtu.
- Freud, S. (1992c). Proyecto de psicología. En: Freud, S., *Obras Completas. Vol I.* (pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrourtu.
- Funes, M. L. & Granados, E. E. (2017). Secretario del alienado y maniobra de la transferencia en el tratamiento de la psicosis. *Affectio Societatis*. 14(27), 45-69.
- Galeano, M.E. (2004). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Lacan, J. (1984). *Seminario III: Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008). *Seminario II: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009). *Escritos 2*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Martínez, P. A. (2017). *Los efectos de un análisis en el transcurrir de una cura: Una eficacia posible* (Tesis de maestría). Universidad de Antioquia. Medellín.
- Palacio, A. F. (2008). *La construcción y la función del sinthome en la estabilización de Ludwig Wittgenstein* (Tesis de maestría). Universidad de Antioquia, Antioquia, Colombia.
- Ramírez, J. (2008). Hacia una clínica de las suplencias en la psicosis. *Affectio Societatis*. 9.

- Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española* (22.^a ed.). Consultado en: <http://www.rae.es/rae.html>
- Salinas, L. (2011). La estabilización en las psicosis y el acto analítico. *III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-052/249>
- Soler, C. (2004). *El inconsciente a cielo abierto de la psicosis*. Buenos Aires, Argentina: JVE Ediciones.
- Velásquez, D. (2012). *La función del tóxico de Freud a Lacan* (Tesis de maestría). Universidad de Antioquia, Medellín.